Donde los niños mueren

Mirta Noemi Lago

Capítulo 1

Donde los niños mueren

El aire era más denso en los pozos de escombros de la vasta guarida de la codicia. El olor del barro se confundía con el aguardiente, el hambre con la enfermedad, el olvido con la indiferencia. En ese atardecer ardiente el silencio era más antiguo. Un lugareño me indicó el sitio que me había asignado el periódico para hospedarme, era una choza desvencijada que compartiría con la familia de Simón, desde que llegué a Brasil y me trasladé a mi destino final, en dos penosos días a lomo de burro, traté desesperadamente de encontrar un terror infantil que fuera anterior a estas oleadas sucesivas, que me envolvían cada vez con más frecuencia. Me tiré en los trapos de dormir que me servirían de cama, casi sin querer me acordé de mis sábanas perfumadas, mientras miraba por la ventana el extenso animal salvaje de la amazonia brasileña.

Por la mañana, con la luz del sol cegándome los ojos, las cosas eran más arduamente visibles, esto sería lo que los sociólogos llamarían una sociedad estacionaria o retrógrada. Que cansados estamos de seguir su ejemplo me dije, esto es lo que nos conduce periódicamente a la muerte en masa, a la angustia constante de los esclarecidos y al dolor de los vencidos, a esta inexorable miseria humana de los más desposeídos , todo eso contemplaban mis ojos.

Una voz dulce, que apenas si se confesaba en un acento humano me sacaron de mis pensamientos.- Vas a quedarte para siempre? No, respondí. -Quien sos? - Arimahí me respondió la pequeña morena. Toda la familia se había ido al despertar el alba y no regresarían hasta el anochecer. Simón dejó el mandato que la niña fuera mi guía. La niña me contó que era la octava hija y que tres de sus hermanos ya habían muerto en las minas. Su mano fue una especie de salvoconducto contra los contrabandistas y buscadores de oro, que armados hasta los dientes no toleraban ninguna intromisión.

Ese día conocí los burdeles, donde las prostitutas, sobrevivientes de los mineros, llegaban a la adolescencia para seguir su triste destino para ser vendidas por un puñado de pepitas. Era de noche cuando regresamos, cenamos un plato de arroz blanco y algunas bananas, la única comida posible para ellos, mientras lo haciamos, Simón me confesó que le pagaban tres dólares diarios por familia, claro que si querías asesinar a alguien darían seis mil, pero él solo sabía trabajar, no matar. -Así es en Serra Pelada señora- sentenció Simón , donde hay oro hay sangre .

Arimahí comenzó a apegarse a mí de tal manera, que casi todas las noches se dormía acurrucada en mis brazos, de su frágil cuerpito se desprendía el árido olor de las minas. Me desperté temprano, la

pequeña aún dormía, me dirigí a Paradiso, lugar donde se reunían los buscadores de oro y los traficantes buscando un personaje de renombre en la zona. Detrás del indígena fiel que tartamudeaba, se escondía Mauro de Zabala, con un rostro colérico, torturaba su imaginación pensando en quien lo habría delatado, la fortuna, tan velozmente amasada se le escapaba entre las manos y mientras las abría sentía fluir el oro que no le pertenecía, cuando una ráfaga de muerte lo volteaba antes de asegurar sus alforjas al lomo del caballo. Mis ojos encendidos buscaron ayuda, una mano pequeña me sacó por un costado del salón, era Arimahí.

Durante toda la noche la pequeña sufrió accesos de fiebre y escalofríos, salí de la choza, el viento expulsaba la niebla que cubría el amanecer, solo una nube inmensa me indicaba un camino, empecé a seguirla con impaciencia hasta que se convirtió en mi sombra, fue entonces cuando mi instinto premonitorio me acercaba tierra adentro hacia el horror. Madre de Dios!!! fue el grito ahogado que salió de mi boca, cientos y cientos de cruces con tan solo un nombre y la fecha eran los testigos finales de los niños de Serra Pelada. Una inesperada claridad me deslumbró, faroles con velas de cebo chisporroteaban sobre la maleza tenebrosa, era un cortejo fúnebre, un nuevo niño llegaba. La voz de un anciano confirmó mi desesperación. –Sí señora- esto es Madre de Dios, lugar en el cual descansan nuestros niños; la fiebre, el hambre y las minas se los lleva a casi todos antes de cumplir los diez años, solo algunos pocos sobreviven.

Recordé la noche anterior, los espasmos febriles de la niña y corrí desesperada hacia la choza, en el camino tropecé con Simón, parecía más viejo que todos los viejos de la tierra, quien acunaba a Arimahí entre los brazos entonando una canción en un idioma ancestral. " Quien la quiera que venga pronto por ella, que las golondrinas se llevan en el pico a los niños que encuentran dormidos en el camino, para que anuncien en otros cielos que otro ser ha llegado".

Una semana después en Buenos Aires, solo pude publicar " **Dieciseis mil niños mueren por año en Serra Pelada"** Era otoño.

Mirta Noemí Lago